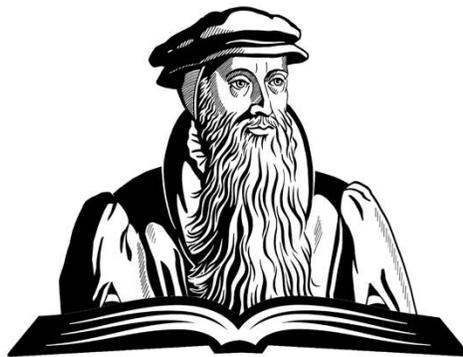


MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIA:
EL CATECISMO MENOR
DE WESTMINSTER

Ponente: Jonathan Mattull

LECCIÓN 22:
LA APLICACIÓN DE LA REDENCIÓN
Preguntas 29-30



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas son de la versión Reina Valera Revisión de 1960

Visita nuestra página web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Jonathan Mattull es ministro del evangelio en la Iglesia Presbiteriana Sovereign Grace, en St. Louis, Missouri, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada), Presbiterio de los Estados Unidos de América.

stlpresbyterian.org

EL CATECISMO MENOR

Rev. Jonathan Mattull

1. El fin principal del hombre - Pregunta 1
2. La Palabra de Dios y su enseñanza - Preguntas 2 y 3
3. Qué es Dios - Pregunta 4
4. Un solo Dios en tres personas - Preguntas 5 y 6
5. Los decretos de Dios - Preguntas 7 y 8
6. La obra de creación de Dios - Pregunta 9
7. La creación del hombre por Dios - Pregunta 10
8. Las obras de la providencia de Dios - Pregunta 11
9. La providencia especial de Dios hacia el hombre - Pregunta 12
10. La caída del hombre - Preguntas 13 y 15
11. Qué es el pecado - Pregunta 14
12. Los efectos de la caída en toda la humanidad - Preguntas 16 y 17
13. La pecaminosidad y miseria del estado caído del hombre - Preguntas 18 y 19
14. El pacto de gracia - Pregunta 20
15. Jesucristo, el Redentor de los elegidos de Dios - Pregunta 21
16. La encarnación - Pregunta 22
17. El oficio profético de Cristo - Preguntas 23 y 24
18. El oficio sacerdotal de Cristo - Pregunta 25
19. El oficio real de Cristo - Pregunta 26
20. La humillación de Cristo - Pregunta 27
21. La exaltación de Cristo - Pregunta 28
- 22. La aplicación de la redención - Preguntas 29 y 30**
23. El llamado efectivo - Preguntas 31 y 32
24. La justificación - Pregunta 33
25. La adopción - Pregunta 34
26. La santificación - Pregunta 35
27. Bendiciones de la salvación en esta vida - Pregunta 36
28. Bendiciones de la salvación en la muerte - Pregunta 37
29. Bendiciones de la salvación en la resurrección - Pregunta 38
30. El deber requerido del hombre - Preguntas 39 a 42
31. Los Diez Mandamientos: Un prefacio de gracia - Preguntas 43 y 44
32. Los Diez Mandamientos: Amor a Dios - Preguntas 45–48
33. Los Diez Mandamientos: Amor al culto de Dios - Preguntas 49–52
34. Los Diez Mandamientos: Amor al nombre de Dios - Preguntas 53–56
35. Los Diez Mandamientos: Un día para el amor sagrado - Preguntas 57–59
36. Los Diez Mandamientos: Amor al día de Dios - Preguntas 60–62
37. Los Diez Mandamientos: Amor dentro de nuestras relaciones - Preguntas 63–66
38. Los Diez Mandamientos: Amor a la vida - Preguntas 67–69

39. Los Diez Mandamientos: Amor a la pureza - Preguntas 70–72
40. Los Diez Mandamientos: Amor a la porción del Señor - Preguntas 73–75
41. Los Diez Mandamientos: Amor a la verdad - Preguntas 76 a 78
42. Los Diez Mandamientos: Amor desde adentro - Preguntas 79 a 81
43. Comprendiendo nuestro pecado - Preguntas 82 a 84
44. Escapando de la ira y maldición de Dios: Fe salvadora - Preguntas 85 y 86
45. Escapando de la ira y maldición de Dios: Arrepentimiento para la vida - Pregunta 87
46. Escapando de la ira y maldición de Dios: Medios de gracia - Pregunta 88
47. Medios de gracia: La Palabra de Dios - Preguntas 89 y 90
48. Medios de gracia: Los sacramentos - Preguntas 91 a 93
49. Medios de gracia: El bautismo cristiano - Preguntas 94 y 95
50. Medios de gracia: La Cena del Señor - Pregunta 96
51. Medios de gracia: Recibiendo la Cena del Señor - Pregunta 97
52. Medios de gracia: La oración - Preguntas 98 y 99
53. La Oración del Señor: El prefacio - Pregunta 100
54. La Oración del Señor: La primera petición - Pregunta 101
55. La Oración del Señor: La segunda petición - Pregunta 102
56. La Oración del Señor: La tercera petición - Pregunta 103
57. La Oración del Señor: La cuarta petición - Pregunta 104
58. La Oración del Señor: La quinta petición - Pregunta 105
59. La Oración del Señor: La sexta petición - Pregunta 106
60. La Oración del Señor: La conclusión - Pregunta 107

22 LECCIÓN

LA APLICACIÓN DE LA REDENCIÓN

P. 28. *¿Cómo somos hechos partícipes de la redención adquirida por Cristo?*

R. Somos hechos partícipes de la redención adquirida por Cristo mediante la aplicación eficaz de ella a nosotros por su Espíritu Santo.

P. 30. *¿Cómo es que el Espíritu aplica a nosotros la redención adquirida por Cristo?*

R. El Espíritu aplica a nosotros la redención adquirida por Cristo obrando fe en nosotros y, por medio de ella, uniéndonos a Cristo en nuestro llamamiento eficaz.

¿Cuál es el fin principal del hombre? Esta conocida pregunta es la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster. Con esta pregunta, se nos invita a examinar cuál es nuestro propósito primordial como seres creados por Dios. La respuesta dada, «glorificar a Dios y gozar de él para siempre», es fácil de aprender y, no obstante, contiene una profundidad insondable. Esta pregunta y respuesta son las primeras de las 107 preguntas y respuestas que se encuentran en el Catecismo Menor de Westminster. Este fue redactado por primera vez en 1647 por la Asamblea de Westminster en Londres, Inglaterra, y desde entonces ha sido un tesoro de instrucción centrada en la Biblia, enseñado y aprendido en iglesias y familias de todo el mundo. Aunque originalmente fue escrito para niños, contiene una rica enseñanza para todos, para personas de todas las edades e intelectos. Esperamos que aprendas mucho de estas lecciones sobre el Catecismo Menor de Westminster y que sean una bendición abundante para ti.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 22:

En nuestra lección anterior, cerramos con un resumen de la obra de Cristo como Redentor. Como Profeta, Sacerdote y Rey, Cristo se humilló para salvar a su pueblo, y fue exaltado en gloria. Y anhelamos ese día venidero en que Él regresará en esa misma gloria. Verdaderamente, su obra es asombrosa. Debería llenarnos de maravilla y llevarnos a ordenar nuestras vidas a la luz de su obra. Debemos tenerla siempre presente en nuestras mentes y en nuestras meditaciones.

Sin embargo, surge una pregunta de una manera inevitable: ¿cómo es que su obra nos beneficia a nosotros? ¿De qué forma lo que Él ha hecho se aplica a nosotros para nuestro bien? Pensemos, por ejemplo, en el hambre que sentimos. Percibimos nuestra necesidad de alimento, pero el simple hecho de saber que existe comida no es lo que satisface nuestra hambre. No es lo que nos nutre. El alimento nutritivo debe ser traído a nosotros y, de alguna manera, hecho uno

con nuestro cuerpo. Al comerlo y digerirlo, somos fortalecidos por él. Saber simplemente que hay comida no es lo que nos satisface o nos beneficia; debemos apropiarnos de ella.

Y bien, de manera similar, el simple conocimiento de la obra de Cristo, por buena que esa obra sea, y por gloriosa que sea, no es lo que nos beneficia. Hay una semejanza entre el alimento que nos nutre y Cristo que nos salva. Conocer su obra no es todo lo que se necesita. Si queremos ser ayudados por lo que Él ha hecho, esa obra debe ser aplicada a nosotros. Las siguientes cuatro preguntas del Catecismo, es decir, las preguntas 29 a 32, presentan esto y explican cómo sucede. En nuestra lección de hoy, nos enfocaremos en dos preguntas, la pregunta 29 y la pregunta 30, que nos presentan la forma en que Cristo y su salvación se aplican a su pueblo.

La pregunta 29 nos dice: «¿Cómo somos hechos partícipes de la redención comprada por Cristo?». Y la respuesta es: «Somos hechos partícipes de la redención comprada por Cristo por la aplicación eficaz de la misma a nosotros por el Espíritu Santo». Luego, la pregunta 30 nos dice: «¿Cómo es que el Espíritu aplica a nosotros la redención adquirida por Cristo?». Y la respuesta es: «El Espíritu aplica a nosotros la redención adquirida por Cristo obrando fe en nosotros y, por medio de ella, uniéndonos a Cristo en nuestro llamamiento eficaz».

Prestemos atención a un par de palabras. Primero, «partícipes»—ser partícipe significa ser uno que comparte algo, tener parte en algo. Si somos partícipes de una comida, compartimos el alimento que está ante nosotros.

Segundo, observemos la palabra «eficaz». Esta palabra significa que algo surte efecto, es decir, que funciona, que cumple su propósito. Por ejemplo, el fuego es un medio eficaz para cocinar alimentos. Es eficaz porque cumple el propósito de cocinar. Veremos que esta palabra aparece en las dos preguntas ante nosotros: la «aplicación eficaz» y el «llamamiento eficaz». En esta lección, nos enfocaremos más en la aplicación eficaz de la redención de Cristo, y en la siguiente lección veremos con más detalle la obra del Espíritu conocida como el «llamamiento eficaz».

Hoy, consideraremos dos puntos. Primero, *la redención adquirida por Cristo*; y segundo, *la aplicación de gracia por el Espíritu*.

1. *La redención adquirida por Cristo*

Así que veamos, en primer lugar, *la redención adquirida por Cristo*. Hemos examinado la obra de Cristo en lecciones anteriores, y oh, que sigamos considerándola, no solo durante el breve tiempo de estas lecciones, sino durante toda nuestra vida. Notaremos que las preguntas que tenemos ante nosotros hacen referencia nuevamente a esa obra. Y aunque ya hemos concluido el resumen de su obra, su obra nunca se aparta, por así decirlo, del enfoque central de nuestras vidas y de los beneficios de nuestra salvación. Así, las preguntas que tenemos ante nosotros harán referencia a la redención adquirida por Cristo. Recordemos que la palabra «redimir» significa obtener algo mediante una compra. La redención de Cristo se refiere a su obra de comprar a su pueblo y la salvación de ellos mediante su muerte sacrificial.

Esto nos recuerda la obra de Cristo en expiación por los pecados de su pueblo. Él hizo el pago por ellos. Y alabado sea Dios, esto hará que la redención de su pueblo se cumpla. Él no murió en vano. Seguramente estás familiarizado con cómo Isaías 53 presenta la muerte de Cristo. En Isaías 53 versículo 11 encontramos un testimonio alentador. Leemos allí: «Verá del trabajo

de su alma y será saciado; con su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y él llevará las iniquidades de ellos». En otras palabras, la muerte de Cristo cumplirá su propósito. Él no murió por la mera posibilidad de redimir a un pueblo. Murió con la certeza de redimir a su pueblo. Esta es una verdad gloriosa. La expiación de Cristo asegura ciertamente la salvación de aquellos por quienes Él murió.

Esto se refleja en su oración registrada en Juan 17. Observemos los versículos 6 y 9, Jesús oró al Padre: «He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra», y en el versículo 9, «Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste, porque tuyos son». Asimismo, Cristo entregó su vida por sus ovejas. Dio su vida por aquellos que le fueron entregados, y para la gloria de su nombre, ni una gota de su sangre, ni una parte de su sufrimiento fue en vano. Él ha asegurado la salvación de cada uno de sus escogidos. Como dice Isaías 53: «Verá del trabajo de su alma y será saciado». Él no quedará decepcionado en el último día, porque verá el efecto de su obra.

Bien, aunque el precio ha sido pagado (el precio que garantiza la salvación de su pueblo), su pueblo aún nace y viene a este mundo como pecador. Ellos pasan una parte de su vida dedicados a la rebelión y al pecado, y si Dios los dejara en su pecado, continuarían en ese estado. En otras palabras, existen por un tiempo separados de esa salvación que Cristo ha comprado para ellos. Pablo menciona esto en Efesios 2:1. Escribiendo a los cristianos de Éfeso, dice: «Y él os dio vida a vosotros, que estabais muertos en vuestros delitos y pecados». Antes de recibir vida, antes de compartir en la salvación que Cristo adquirió para ellos, estaban muertos. Pablo afirma que esto es cierto para todos. Aquellos por quienes Cristo dio su vida deben ser vivificados, deben recibir la salvación que Cristo ha comprado para ellos.

Así vemos que la redención que Cristo ha adquirido es una obra consumada, una obra perfecta, y no quedará sin ser aplicada. Así que debe ser aplicada. Y esto nos lleva al siguiente punto de nuestra lección: la aplicación de gracia por el Espíritu.

2. La aplicación de gracia por el Espíritu

Recordamos que Dios es un solo Dios. También recordamos que hay tres personas en la Trinidad. Seguro recordarás la respuesta a la pregunta: «¿Cuántas personas hay en la Divinidad?». «Hay tres personas en la Divinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y estas tres son un solo Dios, mismas en sustancia, iguales en poder y gloria». Y el Catecismo ahora nos dirige a la obra de la tercera persona de la bendita y santa Trinidad, el Espíritu Santo. Por lo tanto, es el Espíritu quien aplica a nosotros la redención adquirida por Cristo. Observemos la respuesta a la pregunta que nos ocupa, la pregunta #29: «Somos hechos partícipes de la redención adquirida por Cristo mediante la aplicación eficaz de ella a nosotros por su Espíritu Santo».

Esto resume de manera útil la enseñanza de la Biblia, y nos recuerda que es el Espíritu Santo quien aplica la redención de Cristo a su pueblo. En otras palabras, es el Espíritu quien toma la salvación comprada por Cristo y la otorga de manera eficaz a su amado pueblo. Debido a esto, podemos decir que la salvación fue planeada por Dios, consumada por Dios y aplicada por Dios. Para ser más específicos, como otros han dicho, la salvación fue planeada por Dios el Padre, consumada por Dios el Hijo y aplicada por Dios el Espíritu. Cada parte de la salvación es una obra divina. Por eso los Salmos, el libro de alabanzas que Dios nos ha dado, están llenos de

alabanzas a Dios, quien es el único Salvador. No hay otro salvador, ni tampoco contribuimos nosotros a nuestra propia salvación, sino que Dios es quien la ha planeado, quien la ha consumado y quien la aplica.

Pues bien, Tito 3:4-6 nos da un resumen útil de este gran punto. Pablo escribe allí: «Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino según su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y de la renovación del Espíritu Santo, que él derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo, nuestro Salvador». El amor de Dios que había sido preparado, se manifestó. Jesucristo nuestro Salvador sufrió y murió. Pero ¿cómo se aplica esto a su pueblo? Pablo dice que «no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho». Esto nos indica que no somos nosotros quienes nos calificamos o quienes lo aplicamos a nosotros mismos. Más bien, como escribió Pablo, es «por su misericordia», «por el lavamiento de la regeneración y la renovación en el Espíritu Santo». En otras palabras, el Espíritu Santo aplica esta salvación a su pueblo.

Ahora bien, «aplicar» algo significa poner algo sobre, o poner algo dentro. Por ejemplo, si tienes una herida, tu padre, o quizás una enfermera o un médico, puede colocar un medicamento sobre esa herida. Decimos que el médico aplica el medicamento sobre la herida. Él toma el medicamento—lo que sana nuestra herida—y lo coloca sobre la herida. Él lo está aplicando. Ahora observemos lo que el Espíritu aplica. El Espíritu aplica la redención comprada por Cristo. El Espíritu toma la obra de Cristo, la da y la aplica a su pueblo. Y al hacer esto, la salvación planeada y adquirida es entonces aplicada. Podemos desarrollar esta ilustración un poco más. El pecado es el problema. Es la enfermedad espiritual, la muerte, la maldición, la culpa, la miseria, y así sucesivamente. Ese es nuestro problema. La obra de Cristo es el remedio. Es la respuesta a todo el problema. Hemos visto esto en lecciones anteriores. Cada aspecto de nuestro pecado y miseria es respondido y remediado por y en Cristo. La obra de Cristo es el remedio.

Y bien, es el Espíritu quien toma a Cristo y ese remedio y lo aplica a su pueblo, para que sean sanados, es decir, para que sean salvos. Cuando el Espíritu aplica la redención de Cristo a nosotros, ¿qué sucede? Hay mucho que decir sobre esto, y lo veremos con más detalle en lecciones futuras. Pero nuestro Catecismo aquí nos ayuda a enfocarnos en el principal efecto de su gracia. Observemos las palabras en la respuesta a la pregunta 30: «El Espíritu aplica a nosotros la redención comprada por Cristo obrando fe en nosotros y, por medio de ella, uniéndonos a Cristo en nuestro llamamiento eficaz.». Cuando el Espíritu aplica la redención de Cristo a un pecador, Él produce fe en ese pecador. Veremos este proceso a mayor detalle en la próxima lección, pero consideremos este punto principal. La manera en que el Espíritu aplica la redención de Cristo a un pecador es dándole fe a ese pecador y, mediante esa fe, uniéndolo a Cristo. En una lección futura, abordaremos la pregunta 86, que dice: «¿Qué es la fe en Jesucristo?». Y responde: «La fe en Jesucristo es una gracia salvífica, por medio de la cual lo recibimos y descansamos solo en él para salvación, tal como nos es ofrecido gratuitamente en el evangelio».

Pero, no te preocupes, le daremos a esa pregunta la atención que merece. Pero por ahora, nota simplemente que la fe salvadora es recibir y descansar en Cristo solo para la salvación. No es simplemente saber que Cristo es el Salvador, ni tampoco es simplemente saber que Él nos salvará si confiamos en Él. Es, de hecho, abrazarlo, confiar en Él, o como dice el Catecismo, «recibir y descansar en Él solo». Ahora bien, esto no es algo que esté en nuestro poder. No es algo que podamos hacer por nosotros mismos. Es algo que el Espíritu obra dentro de nosotros.

Es el don de Dios. Él, Dios, nos da la fe. Es por eso que Pablo puede escribir en Efesios 2:8: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios». Nota que la salvación es el don, y la fe es el don de Dios. No ganamos esta fe. No la producimos dentro de nosotros mismos. No la merecemos de alguna manera. No hacemos algo para calificar para obtener la fe. La fe es el don de Dios, soberanamente otorgado, y es el Espíritu de Dios quien otorga ese don al pueblo escogido de Dios.

Juan nos recuerda esto en su evangelio, en el capítulo 1, versículos 12 y 13. Allí leemos: «Mas a todos los que lo recibieron»—refiriéndose a Jesucristo—«les dio potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre: los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios». ¿Cómo es que ellos recibieron a Cristo? ¿Cómo es que creyeron en su nombre? No fue debido a su noble linaje, no fue debido a sus dones naturales, ni a sus obras superiores. Fue porque nacieron de Dios. Dios—más específicamente, Dios el Espíritu Santo—les dio nueva vida, y al hacerlo, les dio fe. Esto es lo que Cristo le dice a Nicodemo en Juan 3, cuando dice en el versículo 3 y el versículo 5: «Respondió Jesús, y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios... Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios».

Es el Espíritu quien da vida al pecador muerto. Y al hacerlo, el pecador muerto ahora tiene la capacidad de ver y entrar en el reino de Dios. Esto sucede por gracia. Así como un cuerpo muerto no puede hacer nada físico por su propia capacidad, poder o fuerza de voluntad, de igual manera un pecador muerto no puede hacer nada espiritual por su propia capacidad, poder o fuerza de voluntad. En cambio, primero, el Espíritu debe darle vida, y al hacerlo, le otorga fe para que entonces abrace a Jesucristo y lo reciba como su Salvador.

Observa lo que hace la fe. El Catecismo dice que uno de los efectos de este don de la fe salvífica es que entonces el creyente es unido a Cristo. Esto no significa que nos convertimos en Cristo. Seguimos siendo nosotros mismos, y Cristo sigue siendo Él mismo. Sin embargo, lo que hace el Espíritu al unirnos a Cristo por medio de la fe, es hacernos recibir su salvación, sus beneficios. Vemos una imagen de esto en Juan 15. Observa el versículo 5. Cristo está hablando y dice: «Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer». Así como las ramas son sostenidas y reciben vida de la vid, de igual manera los creyentes son sostenidos y reciben vida de Cristo. Y bien, el Espíritu nos toma y, por así decirlo, nos coloca en Cristo, y lo hace dándonos fe. La fe confía y se aferra a Cristo. Y tan pronto como el Espíritu nos da ese don, la vida, las bendiciones, los beneficios y la salvación de Cristo nos son compartidos porque ahora tenemos a Cristo.

Piénsalo de esta manera con una ilustración diferente. Si tienes una lámpara eléctrica, no brillará hasta que esté conectada a la fuente de energía eléctrica. Debe estar enchufada. Debe estar conectada a la fuente, y así recibir electricidad. Y cuando el poder y la electricidad fluyen hacia ella, entonces brilla. Pues lo mismo ocurre con el pecador. Hasta que no esté unido a Cristo, no tiene vida. Es el Espíritu hace que el pecador tenga vida, otorgándole fe a ese pecador, de modo que esté unido a Cristo, y pueda disfrutar y compartir toda esa salvación que Cristo ha adquirido para él.

Veremos esto a mayor detalle en la próxima lección, pero por ahora, recuerda simplemente este punto: es el Espíritu quien da al pecador la fe, para que este tenga esa salvación que se encuentra solo en Cristo. Y así vemos una vez más que la salvación es una obra divina.

Y bien, para concluir, es bueno que nos aseguremos de conectar esta verdad con nosotros mismos. Así que primero, recordémonos regularmente que la salvación, en todas sus partes, es la obra de Dios. Nunca ha existido y nunca existirá un pecador que se salve a sí mismo. Nunca ha existido y nunca existirá un pecador que contribuya a su salvación o que se califique a sí mismo para la salvación. Y para hacer este punto más directo: tú no te calificarás a ti mismo para la salvación. Tú no harás nada que te haga salvo. Si eres salvo, es porque Dios te ha salvado. Si no eres salvo, y por la gracia de Dios llegarás a serlo, será solo por la obra de Dios. Es Dios, y solo Dios, quien salva.

Esto significa, entonces, que toda la alabanza y agradecimiento por la salvación pertenece a Dios, y solo a Él. Es por eso que nunca habrá nadie en el cielo que diga: «Llegué aquí por lo que hice. Llegué aquí porque fui mejor que otros». Cuando vislumbremos lo que ocurre en el cielo veremos que toda la atención, toda la gratitud y toda la alabanza están centradas en Dios, y solo en Dios. Y esto tiene sentido. Es Su plan, es Su obra, y es Su aplicación. Dios es quien salva. Pues bien, si esto es así, jamás busquemos en nosotros mismos la esperanza de salvación. Toda nuestra esperanza de salvación está solo en Dios.

En segundo lugar, nota esta verdad bíblica: no basta con saber que Jesús murió y resucitó. No es suficiente saber y admitir que eres pecador y que Jesucristo es el Salvador. No basta con reconocer que todas las demás religiones son falsas y que solo el cristianismo es verdadero. No es suficiente saber que Jesús es el camino, la verdad y la vida. Aunque todo esto es cierto y a su manera, tiene su propio valor, se requiere de algo más. Si has de ser salvo, debes ser unido a Cristo. Su salvación debe ser aplicada a ti. Nota ese lenguaje: no es que tú apliques la salvación a ti mismo, sino que esta debe ser aplicada a ti. El Espíritu de Dios debe, por gracia, aplicarla a ti. Esto es lo que hace el Espíritu cuando concede fe a un pecador: Él une al pecador con Cristo, por gracia, y mediante la fe.

Permíteme preguntarte, ¿estás mirando a Cristo por fe? No solo si reconoces y admites que Él es el Salvador, sino ¿has recibido y descansado en Él únicamente para tu salvación? Si lo han hecho, es porque el Espíritu Santo te ha dado fe. Es porque Dios mismo te ha aplicado soberana y misericordiosamente esta salvación. Él te ha dado vida. Él te ha salvado. No es algo que tú hayas logrado por tu cuenta. No algo por lo que tú seas mejor que los demás. Es porque Dios te ha salvado sobrenatural y misericordiosamente. ¡Qué privilegio tan grande! Cualesquiera que sean tus circunstancias en esta vida, debes saber esto: que Dios te ha salvado, lo cual es razón para agradecerle y alabarle ahora y por siempre.

Tal vez digas: «Bueno, sé que Cristo es el Salvador, y sé que no hay otro Salvador más que Jesús. Pero debo decir que no estoy confiando en Él». Pues bien, eso es un estado triste. De hecho, es un estado terrible. Puedes ser tentado de muchas maneras, quizá sientes pánico o desesperación, y dices: «No hay esperanza. Mis pecados son demasiado grandes». Tal vez te sientas tentado a ponerte manos a la obra y simplemente tratar más duro. Pero déjame dirigirte a donde yace tu única esperanza. No está en lo que tú hagas. Está solo en Dios. No está en tus lágrimas, aunque tus lágrimas son justificadas. No está en tu llanto, aunque tu llanto es correcto. ¿Qué más podríamos hacer si hemos pecado contra Dios y nos encontramos en condenación? No está en tu trabajo ni en tu diligencia, aunque debemos ser diligentes en leer la Palabra de Dios, asistir a la iglesia y escuchar la predicación del evangelio. Pero nada de eso es tu esperanza. Tu única esperanza es Dios, el Dios contra quien has pecado. Y aquí tenemos un recordatorio de que el Dios contra quien hemos pecado es misericordioso.

Así que, el enfrentarte cara cara con tu situación, mira a Dios y clama a Él pidiendo que sea misericordioso. Clama a Él para que haga lo que tú no puedes hacer, lo que nunca podrás haber hecho. Tu caso no está más allá del poder del Espíritu. Él es capaz de darte fe. Él es capaz de atraerte hacia Cristo. Sí, confiesa tus pecados, y al hacerlo, clama a Dios para que tenga misericordia de ti, para que te guíe a confiar en Cristo. Renuncia a tus propias obras, y clama a Dios para que, en Su gracia, te conceda fe, y que con esa fe, abrasces a Cristo y conozcas Su salvación aplicada a ti, para la gloria y alabanza del nombre de Dios ahora y siempre.

Palabras de cierre

Gracias por ver esta conferencia sobre el Catecismo Menor de Westminster. Confiamos en que hayas aprendido mucho de la instrucción proporcionada. Únete a nosotros en oración para que estas conferencias sean una bendición abundante para personas en todo el mundo.